

Carta de Paris

Lo que se dice

«Si, es cierto, las llamas bélicas han encendido en los corazones franceses, ardores nuevos. Si, existe en Francia un *renacimiento cristiano*, pero, no es más que un acontecimiento feliz y fortuito que con la causa dejará de subsistir. Restablecida la paz, pasará de nuevo la ola de indiferencia y ateísmo sobre el incendio casual que muy fácilmente apagarán».

Así los extranjeros que para nuestro país tienen simpatías sin estar al corriente de nuestra vida y pensamiento, para quienes los sacrificios y las virtudes del frente son florecillas efímeras.

A aquellos amigos no basta decir para convencerlos: «Os engañais, ignoráis a Francia. EL renacimiento cristiano, que contemplais, es una verdadera cosecha sembrada desde años atrás. La guerra no hizo más que madurarla, pues, bien entendido está que, de no haber recibido la simiente, mal podría la tierra producir frutos.»

Hechos que prueban

Nó, no basta hablarles en esta forma; es preciso enseñarles hechos que autoricen la afirmación. De ahí que el Comité católico de Propaganda francesa al extranjero, después de haber denunciado las calumnias alemanas, deslindando las responsabilidades, y señalado el cúmulo de injusticias cometidas por nuestros agresores, no podía hacer mejor obra patriótica que no fuera la descripción de la vida católica en la Francia contemporánea.

En el libro que lleva este título, nuestros amigos sinceros encontrarán argumentos decisivos para defendernos y nuestros enemigos, aquellos quienes nos odian de buena fe, hallarán la luz suficiente para disipar las nubes que, alrededor de nuestro buen hombre, levantaran maliciosamente los gases asfixiantes del adversario.

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE»

LA PRUEBA

De *El Nuevo Tiempo*

El tren rápido que me conducía hacia la frontera de España, había dejado ya a París, y ahora rodaba en el silencio de una clara noche de abril. En el compartimiento de primera clase, éramos, dos personas solas, y ya pensaba instalarme, lo más cómodamente posible, para pasar la noche, cuando mi compañero de viaje, se volvió de pronto a mí, y mostrándome un diario que llevaba en la mano, me dijo:

—Ha leído los detalles de la agresión, cometida ayer en un rápido de Bélgica?

—Nó, respondí, y sin dejar de evitar una sonrisa, exclamé: Y no

Cada artículo es un libro, una obra maestra

Alrededor del prólogo escrito con la sobriedad y claridad que destilan la pluma del maestro que se llama Mgr. Baudrillart, Mgr. Tissier, Obispo de Châlons, en un alegato soberbio, expone ante el tribunal del mundo los progresos de nuestra vida religiosa: un Académico, el Secretario perpetuo de la sin par ACADEMIA FRANCESA, católico convencido que, académico y todo, reza, confiesa y comulga, Etienne Lamy, levanta el velo que hasta hoy día defendía de las miradas profanas el santuario íntimo que es el verdadero hogar francés; otra lambrera del Instituto, maestro en ciencias políticas y admirable biógrafo, Henry Joly, cincela los beneficios de nuestro movimiento social católico. Luego, el eminente y competente Director de «Etudes» el R. P. de Grandmaison S. J. hace el balance de las ciencias religiosas en la Francia de hoy; el abate Michelet, sabio Profesor en una de nuestras Universidades católicas, flustra la restauración de la filosofía cristiana; en fin, dos críticos de fama y autoridad: Strowski, Profesor en la Sorbona y Henry Cochín, ex-Representante del Departamento del Norte, subrayan el esplendor y los quilates de la literatura católica francesa regenerada, así como la florecencia de la fe cristiana en los últimos años del siglo diecinueve y primeros del veinte.

El libro que analizamos tiene porque sea comentado. Los títulos o temas son de tanta elocuencia y los autores de tanta fama que sólo nos queda por sacar las conclusiones.

Una paradoja de Luis Veuillot

La conclusión será la palabra misma que como paradoja lanzó al mundo nuestro Luis Veuillot: EL SIGLO DIECINUEVE ES UN SIGLO DE FE.

Aquellos quienes no gozaban de la mirada de águila de nuestro maestro, solo veían: el triunfo de Voltaire, los frutos de la Revolución, la cate-

creo en esas historias de agresiones en pleno camino de hierro.

—Ustedes hacen muy mal—replicó mi interlocutor—; en cuanto a mí, nunca viago sin mi fiel pistola Browning.

—Pues yo, jamás tomo semejantes precauciones.

La conversación decayó. Y como mi compañero se extendió en el asiento, yo lo imité, las piernas bien envueltas en mi manta de viaje, luego de haber amenguado el brillo de las lámparas.

Cerré los ojos, pero el sueño tardaba en venir.

Pensaba en cinco días antes, cuando entré temblando en la redacción del diario «La Epoca Nueva» con una carta de recomendación para el director. ¡Un hombre encantador el director!

Con que usted quiere ser periodista, ¿verdad? ¡Y recomendado por su amigo Dornaut! Perfectamente. Por

dra de Renan, la indiferencia y el materialismo del burgués y la impiedad del pueblo. La hora pues la consideraban preñada con espantosos misterios y elandaz periodista él, sin vacilar estampaba las palabras citadas que parecían un reto y eran la expresión de una verdad. El siglo dieciocho fue un descenso; una ascensión, el diecinueve, una subida hacia las alturas que, al resplendor de los incendios de la guerra, alcanzamos ya a divisar.

La Restauración

Nó, la Revolución no fué el toque arrebatado de la muerte del catolicismo en Francia, fué el repique de su resurrección. Con razón decía Luis Veuillot: el año de 1789 no fué la aurora de la gran crisis, ha sido el crepusculo de la misma. Para quien estudia la historia de la Iglesia en Francia, al ver los honores que la tributara la Restauración, el catolicismo francés no es más que un cadáver sepultado en tumba lujosa. En efecto los discípulos de Voltaire dirigen la opinión, numerosísimas parroquias gimen huérfanas, la enseñanza cristiana resulta esclavizada frondosas órdenes religiosas han sido arrancadas é iniciativas escondidas y diseminadas constituyen toda la acción católica. En estas circunstancias se desencadena el huracán de 1830 que arranca el trono, con él quova a derribarse el altar?

Nó, porque Dios está con su pueblo.

El Clero de La Francia de hoy

Estudiad ahora el lienzo admirable que nos representa la católica Francia de hoy. Está herida, con las cadenas y grillos que le ha puesto un gobierno librepensador y sin embargo rebosa de vida.

Los sacerdotes numerosos, celosos, instruidos sobran para las parroquias y atienden a numerosas secciones que van formándose día tras día. La savia generosa que sube hace reverdecir las antiguas órdenes religiosas cuyos retoños espléndidos vienen a ser las Congregaciones mo-

ahora no tengo puesto en la redacción: quiere volver a principios de septiembre? Mientras tanto, ahí tiene usted un boleto de circulación que le permitirá pasarse algunos días, o semanas... en los Pirineos. Desde allí puede enviarme una que otra crónica.

Y he aquí cómo aquella noche me encontraba en un compartimiento de primera con rumbo a España.

Una sensación extraña me despertó con un sobresalto. Abrí los ojos y vi a mi compañero de viaje: cara a cara, apuntándose con un revólver.

—Ni un grito—me dijo—sino...

—Légame prosiguió en tono imperativo.

—Deme su cartera... ¡pronto!

Obedecí espantado:

—Y ahora—agregó el enigmático viajero—ni una palabra de este asunto. Soy lo que usted, periodista. Andrés Yandoux, calle de Rennes, número 36, a sus órdenes. Si habla, pronto tendrás noticias más.